

El P. Kentenich habla de María

El Acta de Fundación pone en primer plano a María como Madre y Educadora por excelencia. Ella es la gran Maestra; nosotros no somos solamente obra suya, sino también instrumentos en su mano. Ella y nosotros formamos una unidad de vida y de metas. La meta que ella persigue es una santidad heroica y un ardiente espíritu de apóstol, ambos en continua y perfecta unión y dependencia de amor. Dependencia de Ella, de sus deseos, de la ayuda de la Gracia que Ella nos media. El ser instrumento implica un elevado espíritu apostólico y un profundo amor a María.

A María no le somos indiferentes como tampoco se lo eran las personas cuando ella estaba en este mundo; cuando cruzó las montañas para ayudar a su prima Isabel en el alumbramiento de Juan Bautista; cuando sacó de apuros a los novios en las Bodas de Caná; cuando aceptó por amor a nosotros, que la espada atravesara su corazón ofreciendo a su Hijo al pie de la cruz al Padre... todo por amor a nosotros y nuestra redención.

Nos lleva en el fondo de su corazón. Y jamás nos saca de él, ni siquiera cuando amontonamos pecado tras pecado. Para ella no existen las palabras "apártate de mí" "sal de mi vista". Tan frecuente entre los seres humanos que sólo se aman superficialmente. Todo su amor y sus pensamientos están dirigidos constantemente hacia nosotros. Todos sus desvelos son para nosotros. Todo lo que durante su vida ella era y hacía para el Señor, lo es y lo hace hoy y hasta el fin de los tiempos por nosotros, sus hijos. Nunca aparta de nosotros su mirada. Sabe de todas nuestras necesidades, de las grandes y de las pequeñas. Las tiene presentes y las pone ante el Señor y ante el Padre Celestial. No se cansa de repetir, día tras día, hora tras hora: "Señor, ¡no tienen vino! Les falta el vino del cobijamiento aquí en la tierra, el estar libres de las fuertes tentaciones; el vino de la paz interior, el de la fidelidad a Dios y a sus mandamientos, el del temor reverencial y del amor de Dios". Esto es lo que ella dice constantemente.

Lo hace también cuando parece que se aparta de nosotros, que calla, cuando el cielo no se abre ante nuestras súplicas y no parece interesarse por nuestras preocupaciones y en necesidades, cuando no obtenemos respuesta de lo alto, cuando no hay ninguna estrella que ilumine nuestras oscuridades.

Es bueno que tomemos conciencia del cuidado que la Sma. Virgen nos regala en todo momento, y también en las horas más oscuras de nuestra vida, como Ella desempeña la misión de Madre que Jesús le ha encomendado.

¡Qué paz interior nos da el hecho de oír de los labios de Jesús mismo estas dichosas palabras: "¡hijo, he aquí a tú Madre!". (P.J.K: Milwaukee 1964)